

JORNADA CUARTA

CUADRO PRIMERO

ESCENA ÚNICA

Campo ligeramente ondulado y seco; vegetación de monte bajo y algunas encinas esporádicas. Noche obscurísima. A ratos fuertes exhalaciones eléctricas iluminan la tierra, dando apariencias de movimiento á los objetos próximos y lejanos; creyérase que las encinas avanzaban y retrocedían simulando los pasos de un rigodón silencioso. Por la izquierda entran con paso cauteloso Atenaida y Alejandro cogidos de la mano, conservando aún los trajes que vestían en la jornada tercera.

ALEJANDRO

¿Hacia dónde vamos? He perdido la noción del tiempo y la distancia. ¿Es media noche?

ATENAIIDA

Es mucho más; próxima está la aurora. Vamos hacia Occidente. Mira: por aquella parte los nubarrones se rasgan dejando ver un trozo de cielo.

ALEJANDRO

Y en aquel pedacito de cielo fulgura una estrella.

ATENaida

Si no me engaño, es la Espiga de la Virgen. Descansemos. Aquí veo unas piedras que nos brindan á un reposo breve. (Se sientan.)

ALEJANDRO

La fuerza del cataclismo ha pasado ya; pero aún se ven resplandores lejanos de la lluvia de fuego que cayó sobre la populosa Ursaria.

ATENaida

Y del terremoto han quedado grietas, por donde sale un calor asfixiante y vapores sulfúreos.

ALEJANDRO

¿No puedes tú calcular dónde estamos? ¿No habremos llegado á la Sagra?

ATENaida

Tal vez; pero no puedo asegurártelo. Cuando avancemos más, por los edificios y el perfil del paisaje reconoceremos á la luz del día si estamos en la Sagra ó cerca de ella.

ALEJANDRO

Pues sigamos en busca de mejor descanso y orientación segura.

ATENaida

Adelante. Si la catástrofe no ha destruído todo, pronto hemos de encontrar una posada, donde tendremos albergue y podremos cambiar de ropa, pues la que llevamos puesta nos estorba para confundirnos con la población rural.

ALEJANDRO

(Confuso.) ¿Cambiar de traje has dicho? Para eso necesitamos dinero, y no lo tengo.

ATENaida

Tontin: ¿no recuerdas que al huir de Ursaria me dijiste que traías en la cartera un fajo de billetes?...

ALEJANDRO

¡Ah, sí! Ya no me acordaba. En la turbación de esta horrible noche, también mi memoria participó del cataclismo. (Tocándose el pecho.) En el bolsillo interior de mi chaleco está la cartera.

ATENaida

Yo también llevo un poquito. No han de faltarnos medios para vivir honradamente.

ALEJANDRO

(Cariñoso.) Tú confías en la armonía universal.

ATENAIDA

Claro que sí; y para que te convenzas de ello, caminando paso á paso hacia Occidente, encontraremos la Verdad.

ALEJANDRO

Pues adelante. (Señalando al cielo.) La naciente aurora nos guía. (Continúan su marcha.)

CUADRO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Amanece. Exterior de una posada. Llegan las partidas de maranchoneros que venden mulas. Las recuas de aceiteros, choriceros y portadores de lanas y bayetas. Con gran algazara van entrando en los patios; desenganchan las caballerías para llevarlas á las cuadras y darles pienso. Espantosa es la bullanga; óyense comentarios ardientes del cataclismo, y recuento de los hombres y caballerías que se han perdido en el camino. Entre la confusa multitud se deslizan Atenaida y Alejandro, que llaman la atención por sus trajes de señorío. Diríjense al posadero, para pedirle habitaciones altas donde descansar.

POSADERO

(Sujeto gordiflón y comunicativo, que oye afectuosamente la petición de Atenaida.) ¿Aónde les cogió á ustés el cataclís?

ALEJANDRO

No sabemos de dónde venimos ni adónde vamos. Se nos ha trastornado el sentido. Queremos dar descanso á estos pobres huesos.

POSADERO

Señalando la escalera.) Pues suban, que arriba está la Melitona y serán servidos.

ATENAIDA

(A la posadera, que sale á su encuentro en el peldaño más alto de la escalera.) Queremos dos habitaciones.

MELITONA

(Hombruna y más gorda que su marido.) ¿Dos cuartos para dos? ¿No tendrán bastante con uno?

ALEJANDRO

(Secamente.) No, señora. Dos se le han pedido; díganos si los tiene.

MELITONA

No es por eso, ¡contra!; manque sean veinte. Vengan por aquí.

ATENAIDA

(Entrando en la habitación.) Y además, queremos cambiar de vestido.

MELITONA

Ya entiendo. Son ustés señores, y vienen huyendo de la tremolina. ¿Es que quieren disfrazarse?

ATENAIDA

Somos pueblo, y á uso de pueblo queremos vestir. Necesitamos dos trajes: uno de paleta, para este señor; otro de aldeana, para mí.

MELITONA

Aquí hay un traje de paño pardo muy bueno: calzón corto, chaleco, faja, sombrero redondo, que le caerá como pintado á este señor; y para usted, señora, fácil será buscarle un traje de pueblo. ¿Y qué me darán ustedes por estas prendas?

ATENAIDA

Le daremos lo que llevamos puesto, que vale mucho más.

MELITONA

Bueno; ese traje de usté, tan elegante, me servirá para ponérselo á mi hija Usebia el día de la fiesta mayor.

ALEJANDRO

Y este mío podrá servirle al alcalde del pueblo para lucirlo el día del santo patrón.

ATENAIDA

Y si algo falta para cerrar trato, lo daremos en dinero. (Con pocas palabras más quedan de acuerdo.)

MELITONA

(Retirándose cavilosa.) Estos son marqueses..., gente gorda..., y hay que servirles de cabeza.

ESCENA II

Atenaida y Alejandro entran en las habitaciones, y media hora después salen en empaque de labradores acomodados, y bajan al patio á tomar algún alimento. Una moza les sirve café, y mientras lo toman, oyen las conversaciones de los maranchoneros, recueros y aceiteros.

UN ARRIERO

En la fuerza del cataclismo, yo vi dos culebrones de fuego que bajaron de las nubes y se metieron dentro de la tierra.

UN MARANCHONERO

Sobre nosotros descargó una granizada; cada piedra era como bala de cañón. Nos mataron dos mulas y perdimos el compañero Zancudo, que se cayó por un despeñadero.

UN ACEITERO

El cura del pueblo onde paramos dijo que una estrella había chocado con otra, y que de los piazos salió esta tremolina, y que ello ha sido para castigar á los hombres malos que apandaban las riquezas y burlaban á la nación.

UN MAESTRO DE ESCUELA

(Que desayuna con pan y queso y habla en tono de gran autoridad.) Para escarmiento de los ociosos que no miran por el procomún. Ha sido un barrido desde el cielo, pues los que se hacen desde la tierra no resultan con la debida eficacia.

ATENAIDA

(A un maranchonero, que está próximo á ella.) Paisano, ¿qué tal va el negocio de mulas?

MARANCHONERO

No iba mal; pero con el catastrofo se nos ha torció. Las mulas que nosotros llevamos son de primera. Por la vestimenta parece que son ustedes de tierra de...

ATENAIDA

Somos de la Vera.

MARANCHONERO

Bonita tierra. Allí tengo yo un primo que es albeitar y se llama Lonisio Valtierra.

ALEJANDRO

En aquel pueblo tengo yo un pariente cercano que se llama don Juan de Valtierra.

MARANCHONERO

Pues á ese señor le conozco; tiene mucha labranza y va pa tres años que mus compró dos pares de mulas.

ATENAIDA

Amigo, si ustedes van hacia allá puede que nos encontremos.

ALEJANDRO

En buena hora sea dicho. (Entra en el mesón nuevo tropel de gente. Caravana heterogénea, en que se ven arrieros, gitanas, paisanos de diferentes edades y una pareja de la Guardia civil.)

ESCENA III

Movidos de curiosidad, acuden los huéspedes de la posada á ver á los que llegan, y todos se mezclan en bulliosa confusión. Sobre la multitud flotan preguntas ansiosas, exclamaciones, carcajadas, frases de consternación ó de alegría.

ATENAIDA

(Fijándose en un pobre viejo que anda penosamente sostenido por dos personas.) O mucho me engaño, ó este ancianito es el Santo Pajón.

ALEJANDRO

Él es. Viene descalzo y con las ropas destrozadas.

ATENAIDA

(Acercándose al viejo y poniéndole cariñosamente la mano en el hombro.) ¿Qué le ha pasado, Pajón?

PAJÓN

(Alelado y medio ciego por la inanición.) ¿Quién me habla?

ALEJANDRO

¿No conoces á la señorita Atenaida, maestra de aquellas niñas...?

PAJÓN

Ay, sí; acérquese, señorita; deme la mano.

ATENAIDA

Y su niño, el Niño Jesús, ¿dónde está?

PAJÓN

(Rompiendo en llanto amarguísimo.) ¡Ay mi Niño de mi alma!... Perdido... robado...

ATENAIDA

¡Robado! Cuéntenos.

ALEJANDRO

El pobre está desfallecido; no puede hablar. Venga, venga. (Le coge por un brazo.)

ATENAIDA

(Cogiéndole por el otro brazo.) Vamos. Le daremos algún alimento. (Le llevan á la mesa más próxima.) Siéntese aquí.

ALEJANDRO

Tomará café con leche.

PAJÓN

(Suspirando.) Ay, ay, el café, cosa muy buena pero... pero... si me hicieran el favor de darme antes una copita de aguardiente... Es costumbre que tengo.

ATENAIDA

(Llamando á la moza.) ¡A ver! Una copa de aguardiente para este amigo. (Después que el desdichado viejo apura la copa, Atenaida y Alejandro le incitan á que refiera lo que le ha pasado.)

PAJÓN

Pues verán. A poco de salir de Ursaria huyendo de la quemazón... Venía yo con esas gitanas... De pronto, ¡pataplúm!, una chispa eléctrica cayó en el árbol cercano... El terror me lanzó á una carrera desesperada: caí, caímos; yo abrazadito con mi Niño... Rodando fuimos á parar á un barranco muy hondo. Perdí el sentido. Cuando lo recobré busqué mi urna y no es-

taba ¡ay! Salí gateando y diciendo: ¡mi Niño! ¡mi Niño! Y una voz desconocida me dijo: «El Niño salió volando.»

ATENAIDA

¿Y qué personas bajaron rodando con usted al precipicio?

PAJÓN

Una gitana ó dos, no estoy seguro; un hombre muy negro, que parecía carbonero, y la seña Rebeca, que es conocida mía.

ATENAIDA

¿Y no sería esa Rebeca la que hizo volar al Niño?

PAJÓN

No, porque doña Rebeca es persona muy pia y devota del Niño.

ATENAIDA

Pues por eso mismo, por ser tan devota de la criatura se lo habrá llevado.

ALEJANDRO

Y esa Rebeca ¿ha venido con usted?

PAJÓN

No, señor. Debíó quedarse en el barranco. Yo no sospecho de ella, sino de las gitanas y del hombre negro.

ALEJANDRO

Hablaremos á la Guardia civil para que busquen la urna.

ATENAIDA

Ahora vamos á salir nosotros en un grupo de caminantes, donde van también los guardias civiles. ¿Quiere usted venir con nosotros?

PAJÓN

¡Ay, sí, señora! Con ustedes al fin del mundo.

CUADRO TERCERO

ESCENA Á TRAVÉS DE LOS CAMPOS

Medio día y una noche emplean los viajeros en esta su segunda caminata. Alejandro y Atenaida iban en un carromato de los marañoneros. En diferentes carros y caballerías seguían el Santo Pajón, un cura con su ama, y en borricos las gitanas y otras muchas personas.

ALEJANDRO

(Despertando de un profundo sueño, al llegar la caravana á un poblado en que se ven miserables casas, y al parecer un convento.) Atenaida, ¿dónde estamos?

ATENAIDA

Esto es un lugar que llaman la Zarza, Zarza ó Zarzalejo. Y no muy lejos de aquí está un célebre monasterio de gran antigüedad.

ALEJANDRO

Aquí descansaremos y comeremos lo que se encuentre en pueblo tan desolado.